

y anhelos, más allá de la historia que conocíamos. Pero esto daría lugar a otra conferencia. La vida, pese a su brevedad, no es tan corta que pueda contarse en media hora.

A mediados de los setenta participó en un Congreso de Minusválidos que tuvo lugar en Madrid y reanudó su colaboración al entrar en la Revista Minusval, aunque provisto ya de un cierto desencanto, el que suele traer la consciencia de tantos problemas que los años transcurridos no habían resuelto.

En sus artículos queda la huella de la inquietud que nacía al contemplar cada momento del presente, en el que las carencias y dificultades del minusválido para integrarse en la sociedad nunca pasaron al olvido, como esta tierra que fue para él un lienzo sobre el que plasmar imágenes, hechos y palabras, tal como dejó expresado en un pregón de 1976, en Ciudad Real: “La Mancha es una tierra literaria que huele a lumbre de cepas y sarmientos, a bodega y almazara. La Mancha huele a orujo, a trigo, a mies dorada del verano. Pero La Mancha también huele a libros. A libros viejos, históricos, grandes, nobles. La Mancha es, –decía, posiblemente– la región española donde las cosas todavía son literarias, artísticas, espirituales...”

Aunque yo ahora, imitando su socarronería podría despedirme diciendo que lo que olía era “el apetecible y sabroso cordero en caldereta y los torreznos que estaba deseando comerse.” Porque no todo era puro idealismo y los pequeños goces que la vida ofrece fueron para él un plato apetecible que nunca dejó que se le escaparan.